

CAPÍTULO 27

Cuando salió a la calle y oyó en el aire el rumor de las voces humanas, inquietas y expectantes; cuando vio por todas partes, en las ventanas y a las puertas de las casas, grupos de personas que seguían a su hijo y a Andréi con miradas de curiosidad, se le nublaron los ojos y ante ellos empezó a girar una mancha, brumosa y ondulante, que cambiaba de color del verde transparente al gris opaco.

La gente saludaba a los dos jóvenes, y en aquellos saludos había algo especial. El oído de la madre aprehendía fragmentos de reflexiones hechas en voz baja:

—Ahí van los cabecillas.

—¡No sabemos quiénes dirigen esto!

—Bueno, no he dicho nada malo.

En otro sitio, salió de un patio un grito de irritación:

—¡ Si los agarra la policía, están perdidos!

—Eso ya se sabe.

Un exasperado grito de mujer saltó, aterrado, desde una ventana, y llegó hasta la calle:

—¡Has perdido la cabeza! ¿Eres acaso soltero o qué?

Cuando pasaban ante la casa de un tal Zosímov, que recibía una pensión mensual de la fábrica porque había perdido ambas piernas en un accidente de trabajo, éste asomó la cabeza por la ventana, y exclamó:

—¡Eh, Pável! Maldito imbécil, te retorcerán el cuello por estas historias! ¡Te la estás buscando, canalla!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre se detuvo estremecida. El grito aquel había despertado en ella un agudo sentimiento de ira. Lanzó una mirada al rostro abotagado y gordo del tullido, y éste metió dentro la cabeza, blasfemando.

Ella apresuró el paso para alcanzar al hijo, y caminó tras él esforzándose por no quedar rezagada.

Parecía que Pável y Andréi no reparaban en nada, ni oían los gritos que les dirigían. Marchaban tranquilos, sin apresurarse. Mirónov, un hombre maduro, modesto y respetado por todos por su vida pura y sobria, los detuvo.

¿Usted tampoco trabaja, Danilo Ivánovich? —preguntó Pável.

—Mi mujer está a punto de dar a luz. Y, además, hoy hay mucha agitación en el aire —explicó Mirónov mirando fijamente a los dos camaradas—. Y ustedes, muchachos, se dice que quieren armarle un escándalo al director, que le van a romper los cristales...

—¿Acaso estamos borrachos? —preguntó Pável.

—Iremos simplemente por la calle, con banderas, y cantaremos himnos —dijo el jojol—. Escuche nuestras canciones, en ellas se expresan nuestras creencias.

—Ya conozco sus creencias —respondió Mirónov pensativo—. Leí vuestros papeles... ¡Pero cómo, Nílovna!, ¿tú también vas con los rebeldes? —dijo, con una sonrisa en sus ojos inteligentes.

—¡Hay que estar del lado de la verdad, incluso ante la muerte!

—Vaya... Al parecer, es cierto lo que andan diciendo de ti: que llevabas a la fábrica los folletos prohibidos...

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Pável.

—Por ahí... se dice. Bueno, pues hasta luego, y no hagan tonterías.

La madre rió bajito. Le halagaba que hablasen así de ella. Pável le dijo sonriendo:

—¡Te veo en la cárcel, madre!

El sol se elevaba cada vez más alto, comunicando su tibieza al animoso frescor del día primaveral. Las nubes bogaban más lentamente; sus sombras se iban haciendo más tenues, más transparentes. Se deslizaban suaves por las calles y por los tejados de las casas, envolvían a la gente, era como si limpiaran el arrabal, llevándose el barro y el polvo de muros y tejados y disipando el enojo de las caras. Todo se tornaba más alegre, las voces se hacían más sonoras, ahogando el lejano ruido de las máquinas.

De nuevo, a oídos de la madre, deslizándose y volando desde las ventanas y los patios, llegaban de todas partes palabras de inquietud o de rabia, tristes o alegres, pero ahora sentía deseos de replicar, de agradecer, de explicar, de mezclarse en la vida extrañamente abigarrada de aquel día. A la vuelta de una esquina, en un callejón estrecho, se había congregado un centenar de personas, y en el fondo de la multitud resonaba la voz de Vesovchikov:

—¡Nos exprimen la sangre como a las grosellas el jugo!

Y sus torpes expresiones caían sobre la cabeza de sus oyentes:

—¡Es cierto! —respondieron al mismo tiempo varias voces con sonoro rumor.

—¡El muchacho está haciendo lo suyo! —dijo el jojol—. Vamos a ayudarle.

Se inclinó, y antes de que Pável tuviese tiempo de detenerlo, hendió en la multitud su largo cuerpo, como un sacacorchos en un tapón. Su voz cantarina resonó:

—¡Camaradas! Dicen que hay muchos pueblos sobre la tierra: Judíos y alemanes, ingleses y tártaros. Yo no lo creo. Hay solamente dos pueblos, dos razas irreconciliables: ¡los ricos y los pobres! La gente se viste de modo diferente y habla de distinto modo, pero miren cómo los ricos franceses, alemanes, ingleses, tratan al pueblo trabajador, y verán que todos ellos son lo mismo para los obreros: verdugos. ¡Son una espina clavada en el paladar!

Alguien se rió entre la masa.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Y si miramos hacia el otro lado, veremos que el obrero francés, como el tártaro y el turco, llevan la misma vida de perros que nosotros, los proletarios rusos.

La multitud aumentaba continuamente a su alrededor: uno tras otro, iban desliziéndose los obreros en la callecita, trabajosamente, se acercaban en silencio, estiraban el cuello, se empinaban en puntillas.

Andréi alzó más la voz:

—En el extranjero, los trabajadores han comprendido esta verdad tan sencilla, y hoy, en esta luminosa jornada del Primero de Mayo...

—¡La policía! —gritó alguien.

Viniendo de la calle, cuatro guardias de a caballo entraron en el estrecho callejón y, agitando las fustas, se lanzaron contra la multitud, gritando:

—¡Circulen!

Los rostros se ensombrecieron: la gente se separaba, a regañadientes, ante los caballos. Algunos treparon sobre las vallas.

—Han montado a caballo a los cerdos y éstos gruñen: ¡Aquí estamos nosotros, los jefes! —aulló una voz fuerte y provocativa.

El jojol había quedado solo en medio de la calle: dos caballos, cabeceando, se le vinieron encima. Se apartó a un lado, al tiempo que la madre le agarraba de un brazo y tiraba de él refunfuñando:

—¡Has prometido estar con Pável y eres el primero en meterte tú solo en el peligro!

—Perdón —dijo él sonriendo.

Un cansancio, mezclado de angustia y abatimiento, se apoderó de Pelagueia; lo sentía crecer, dándole vueltas la cabeza, la pena y la alegría alternaban extrañamente en su corazón. Deseaba que sonase cuanto antes la sirena, anunciando la hora del almuerzo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Llegaron a la plaza, ante la iglesia. En ella se apretaban, sentados o en pie, unos quinientos jóvenes y chiquillos, ardorosos y alegres. La muchedumbre ondulaba. La gente levantaba la cabeza y miraba a lo lejos, a uno y otro lado, en una actitud de espera impaciente. Se percibía una especie de exaltación: algunos parecían desorientados, otros se hacían los valientes. De cuando en cuando se oían débiles voces femeninas, ahogadas. Los hombres se daban vuelta con desprecio, estallando en aislados insultos a media voz. Un sordo rumor de voces hostiles envolvía a la abigarrada multitud.

—¡Mítenka —temblaba una voz de mujer—, ten mucho cuidado!

—¡Déjame en paz! —se oyó en respuesta.

La reposada voz de Sisov se alzó tranquila y persuasiva:

—¡No, no hay que dejar solos a los jóvenes! Su audacia es más sensata que nuestra prudencia. ¿Quiénes nos defendieron en la historia del kopek del pantano? ¡Ellos! No debemos olvidarlo. Los han encarcelado por algo de lo que todos hemos obtenido provecho.

El sombrío rugido de la sirena ahogó el rumor de las conversaciones. La multitud se estremeció, los que estaban sentados se levantaron, por un momento todo quedó inmóvil, como al acecho, y muchos rostros palidieron.

—¡Camaradas!

Era la voz de Pável, sonora y firme. Una seca niebla veló los ojos de la madre, y, recuperando de un solo golpe todas sus energías, se colocó detrás del hijo. Todos se volvieron hacia Pável, rodeándolo como limaduras de hierro atraídas por un imán.

La madre miraba a su hijo y sólo veía sus ojos, orgullosos, audaces, ardientes...

—¡Camaradas! Nosotros, que hemos decidido declarar abiertamente quiénes somos, hoy levantamos nuestra bandera, la bandera de la razón, de la verdad, de la libertad.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Un asta larga y blanca apareció en el aire, se inclinó, cortó a la multitud, desapareció entre ella y, un instante después, se irguió desplegando, como un pájaro escarlata, el amplio lienzo de la bandera del pueblo trabajador.

Pável levantó el brazo. El asta vaciló. Decenas de manos asieron la madera lisa y blanca: entre ellas, la de la madre.

—¡Viva el pueblo trabajador! —gritó.

Centenares de voces le respondieron en un grito sonoro.

—¡Viva el Partido Obrero Socialdemócrata! ¡Nuestro partido, camaradas, nuestra Patria espiritual!

La multitud hervía; quienes comprendían el significado del estandarte se abrieron camino hasta él. Junto a Pável, se agruparon Masin, Samóilov y los Gúsev. Agachando la cabeza, Nikolái Vesovchikov apartaba a la gente, mientras otros jóvenes, de encendidos ojos, a quienes la madre no conocía, la empujaban.

—¡Vivan los obreros de todos los países! —gritó Pável.

Y con una fuerza y alegría crecientes, mil voces le respondieron, y su eco sacudía el alma.

La madre tomó la mano de Nikolái y la de algún otro, las lágrimas la ahogaban, pero no lloraba, las piernas le temblaban y, trémulos los labios, decía:

—Hijos míos...

Una ancha sonrisa se extendía por la cara picada de viruelas de Nikolái, que miraba a la bandera y, lanzando inarticulados gritos, tendía la mano hacia ella; de pronto asió con aquella mano a la madre por el cuello, la besó y se echó a reír.

—¡Camaradas! —comenzó el jojol, dominando, con su voz dulce y cantarina, el sordo murmullo de la multitud—. Hemos emprendido ahora un camino penoso en nombre de un dios nuevo, ¡el dios de la luz y de la libertad, el dios de la razón y del bien! Nuestro objetivo final está lejos; las coronas de espinas, cerca. El que no crea en la fuerza de la verdad, el que no tenga valor para defenderla hasta la muerte, el que no confíe en sí mismo y tema los sufrimientos, ¡que se aparte de nuestro lado!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Llamamos junto a nosotros a aquellos que tienen fe en nuestra victoria; los que no vean nuestro objetivo, que no nos sigan, a éstos sólo les esperan penas. ¡Formen filas, camaradas! ¡Viva la fiesta de los hombres libres! ¡Viva el Primero de Mayo!

La muchedumbre se hizo más compacta. Pável tremoló la bandera, que se desplegó en el aire y ondeó hacia adelante, iluminada por el sol, que sonreía ancho y rojo...

—Arriba los pobres del mundo...¹² —se alzó la voz sonora de Fedia Masin, y decenas de voces resonaron, haciéndole eco, como una ola suave y poderosa.

—En pie los esclavos sin pan...

Con una sonrisa ardiente en los labios, la madre caminaba detrás de Masin, y por encima de las cabezas veía a su hijo y a la bandera. A su alrededor danzaban caras alegres, ojos de todos los colores... Su hijo y Andréi iban al frente. Oía sus voces; la de Andréi, dulce y velada, se fundía en un solo sonido con la de Pável, pastosa y recia:

—Agrupémonos todos... en la lucha final...

Y todo el mundo corría gritando al encuentro de la enseña roja, se fundía con la multitud y marchaba con ella, y los gritos se apagaban entre el sonido de la canción, aquella canción que en casa se entonaba en voz más baja que cualquier otra y que en la calle corría como un río igual y sin meandros, de una potencia terrible, parecía la voz de la audacia, que si llamaba a los hombres a seguir el largo camino que conduce al futuro, también hablaba lealmente de las pesadas pruebas que en dicho camino les aguardaban. En su enorme llama serena se fundían las sombrías escorias del pasado, la dura cadena de los sentimientos rutinarios, y el maldito temor de lo nuevo se reducía a cenizas.

Una cara, asustada y alegre, oscilaba junto a la madre, y una voz temblorosa exclamó sollozando:

— Mitia, ¿adónde vas?

Pelagueia respondió sin detenerse:

¹² Primer verso de La Internacional.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Déjelo ir y no se inquiete. Yo también llevo mi miedo en primera fila. ¡El que lleva la bandera es mi hijo!

—¡Bandidos!, ¿Adónde van? ¡Hay soldados ahí abajo!

Y, tomando súbitamente con su mano huesuda el brazo de la madre, la mujer, alta y flaca, exclamó:

—¡Ay, querida mía! ¡Cómo cantan! Y Mitia también canta...

—No se inquiete —susurró la madre—. Ésta es una causa sagrada... Piense usted, ¡Jesús mismo no habría existido si los hombres no hubieran muerto por él!

Este pensamiento había nacido bruscamente en su espíritu, y la había sorprendido por su verdad, clara y sencilla. Miró el rostro de la mujer que le apretaba el brazo, y repitió con sonrisa atónita:

—¡No habría existido Cristo, si los hombres no hubieran perecido por él, por la gloria de Dios!

A su lado surgió Sisov. Se quitó el gorro y, moviéndolo al compás de la canción, dijo:

— Ya no se esconden, ¿eh, madre? Han inventado un himno. ¡Y qué himno! ¿Eh, madre? ¡No tienen miedo a nada! Y mi pobre hijo, en la sepultura...

El corazón de la madre latía con demasiada fuerza, y empezó a quedarse rezagada. La empujaron con rapidez a un lado, la apretaron contra una valla, y ante ella una densa ola humana empezó a deslizarse, balanceándose. Vio cuán numerosa era la muchedumbre, y esto le causó gozo.

—Arriba los pobres del mundo...

Hubiérase dicho que en el aire cantaba una enorme trompeta de cobre, despertando a los hombres: en un pecho hacía surgir la disposición para el combate; en otro, una vaga alegría, el presentimiento de algo nuevo, una curiosidad ardiente; aquí suscitaba la palpitación de esperanzas inciertas; allá daba salida al cáustico torrente de odio acumulado en el correr de los años. Todos miraban hacia delante, al lugar donde se balanceaba y ondeaba al viento la bandera roja.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Ya están en marcha! —aulló una voz entusiasmada—. ¡Bravo, muchachos!

Y el hombre, sintiendo, al parecer, algo grande, que no podía expresar con las palabras habituales, soltaba terribles juramentos. Pero también el furor, el furor sombrío y ciego del esclavo, silbaba como una serpiente, retorciéndose en iracundas palabras, alarmado e inquieto por la luz que lo delataba.

—¡Herejes! —gritó alguien con voz cascada, agitando desde una ventana su puño crispado. Y un aullido penetrante, obsesivo, hirió los oídos de la madre:

—¿Se levantan contra el Emperador? ¿Contra Su Majestad el Zar? ¿Revolución...?

Ante ella aparecían y desaparecían al instante caras perplejas; hombres y mujeres avanzaban saltando, corría la gente como negra lava arrastrada por aquella canción, cuyos enérgicos sonos parecían arrasarlo todo a su paso, desbrozando el camino. Al mirar de lejos a la roja enseña, la madre veía, sin verlo, el rostro del hijo, su bronceada frente y sus ojos, encendidos por el luminoso fuego de la fe. Ya estaba la madre a la cola de la multitud, entre gente que caminaba sin apresurarse, que miraba hacia delante con indiferencia, con la fría curiosidad del espectador que conoce de antemano el desenlace de la obra que se está representando. Iban marchando y hablando con aplomo, sin alzar la voz:

—Hay una compañía junto a la escuela y otra en la fábrica.

—Ha venido el gobernador...

—¿De veras?

—Lo he visto con mis propios ojos.

Alguien, alegremente, soltó un taco y dijo:

—A pesar de los pesares, ¡empiezan a tenernos miedo! ¡Hasta nos mandan tropas, y al gobernador y todo!

—Queridos, hijos míos... —palpitó en el corazón de la madre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Pero los que estaban en torno a ella eran seres fríos y sin vida. Apresuró el paso para alejarse de estos compañeros casuales, y no le costó gran trabajo superar su marcha lenta y perezosa.

Y de pronto pareció que la cabeza de la multitud había chocado contra algo. El largo cuerpo vaciló sin detenerse, y un inquieto rumor lo recorrió. La canción se estremeció también; luego, se desbordó con mayor rapidez y fuerza. Y de nuevo, la densa ola de sonidos disminuyó, se deslizó hacia atrás. Las voces callaron una tras otra, las exclamaciones brotaron, se oyeron acordes aislados, tratando de elevar la canción a su altura primitiva, de darle un impulso hacia adelante:

—Arriba, los pobres del mundo...

—En pie, los esclavos sin pan...

Pero ya no había en esta llamada la misma unidad llena de firme certeza, y se sentía el estremecimiento de la alarma.

Sin ver nada, sin saber lo que ocurría delante, la madre empujaba a la gente, avanzando rápida; pero en dirección contraria retrocedían: unos con la cabeza gacha y el entrecejo fruncido, otros sonriendo confusos y otros silbando burlescamente. Ella examinaba angustiada los rostros, sus ojos preguntaban, suplicaban, llamaban...

La voz de Pável resonó:

—¡Camaradas! Los soldados son gente como nosotros. No nos atacarán. ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Porque llevamos a todos la verdad? Ellos también necesitan esta verdad. No la comprenden todavía, pero se acerca el tiempo en que se levantarán también a nuestro lado, para marchar, no bajo las banderas del pillaje y el asesinato, sino bajo nuestro estandarte, ¡el de la libertad! Y para que comprendan cuanto antes nuestra verdad, debemos seguir adelante. ¡Adelante, camaradas! ¡Siempre adelante!

La voz de Pável era firme, y sus palabras sonaban, en el aire, limpias y claras, pero la multitud se disolvía. Unos tras otros, se iban, hacia la derecha o hacia la izquierda, camino de sus casas, deslizándose a lo largo de los muros. El cortejo tenía ahora la forma de una cuña de la que Pável era la punta, y sobre su cabeza llameaba, roja, la bandera del pueblo obrero. La muchedumbre parecía un pájaro negro que,

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

desplegando ampliamente sus alas, se mantenía al acecho, pronto a alzarse y volar, y Pável era su pico.

CAPÍTULO 28

Al fondo de la calle, cerrando el acceso a la plaza, la madre vio alzarse un muro gris de gente, toda igual, sin rostro. Sobre sus hombros relucían fría y finamente las agudas franjas de las bayonetas. Y del muro aquel, silencioso e inmóvil, venía hacia los obreros un soplo gélido que oprimía el pecho de la madre y le penetraba en el corazón.

Se hundió entre la masa para alcanzar a los que ella conocía; estaban delante, junto a la bandera, y se confundían, con los desconocidos como apoyándose en ellos. La madre se pegó a un hombre alto y afeitado. El hombre era tuerto, y para mirarla, volvió bruscamente la cabeza.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? —preguntó él.

—La madre de Pável Vlásov —respondió ella.

Sentía que le temblaban las piernas y que, sin querer, se le caía el labio inferior.

—¡Ah! —dijo el tuerto.

—¡Camaradas! —volvía a gritar Pável—, la vida entera está ante nosotros..., no tenemos otro camino.

Todo quedó en silencio, no se percibía el más leve rumor. La bandera se irguió, se balanceó y, flameando soñadora sobre las cabezas de la gente, avanzó leve hacia el muro gris de los soldados. La madre se estremeció, cerró los ojos y lanzó un gemido; sólo cuatro personas se destacaron de la multitud: Pável, Andréi, Samóilov y Masin. En el aire, la clara voz de Fedia Masin tembló lenta:

—Agrupémonos todos... —entonó.

—... en la lucha final... —respondieron como un eco dos voces bajas, sordas, como dos pesados suspiros.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La gente dio unos pasos hacia adelante, golpeando discorde la tierra con los pies. Y fluyó una nueva canción llena de energía y brío:

—Y se alcen los pueblos con valor... —serpenteó como una cinta la voz de Fedia.

—... por la Internacional... —concluyeron en coro los camaradas.

—¡Ah, ah!—gritó alguien malignamente—, ¡ya empiezan los cantos fúnebres, hijos de puta!

—¡Mátenlo! —resonó colérica una voz.

La madre oprimió su pecho con ambas manos; miró en torno y vio que la multitud que llenaba la calle, antes una masa compacta, permanecía quieta e indecisa, mirando a los que se alejaban de ella con la enseña. Solamente unas decenas de personas los siguieron; a cada paso había alguno que saltaba a un lado, como si el camino estuviese incandescente y abrasase las plantas de los pies.

—Y la injusticia caerá... —profetizó el canto en los labios de Fedia.

—... y el pueblo se levantará... —le respondió un coro de voces fuertes, seguras y amenazadoras.

Pero a través de la armonía del himno, resonaron unas palabras frías:

—¡Preparados!

Y un grito brutal:

—¡Bayonetas, cierren!

Las bayonetas describieron una curva en el aire, bajaron y se tendieron en dirección a la bandera, como si sonrieran astutas.

—¡ De frente... marchen!

—¡Ya están avanzando! —dijo el tuerto y, hundiendo las manos en los bolsillos, se alejó a grandes zancadas.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La madre miraba sin pestañear. La ola gris de soldados se puso en movimiento y, extendiéndose a todo lo ancho de la calle, avanzó con frialdad, con paso regular, proyectando ante sí un rastrillo de separados dientes de acero que centelleaban con fulgores de plata. A grandes pasos, la madre se aproximó al hijo; vio a Andréi dar también un paso para colocarse delante de Pável y protegerlo con su largo cuerpo.

—¡A mi lado, camarada! —gritó Pável, en tono rudo.

Andréi cantaba, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza erguida. Pável lo empujó con el hombro y volvió a gritarle:

—¡A mi lado! ¡No tienes derecho! ¡La bandera debe ir delante!

—¡Despejen! —gritó un alfeñique de oficial, con voz aguda, agitando el sable desnudo.

Caminaba levantando mucho los pies, sin doblar las rodillas, golpeando, marcial, la tierra con los pies. A la madre le dio en los ojos el intenso brillo de sus relucientes botas.

A su lado, un poco más atrás, caminaba pesadamente un hombre de elevada estatura, rasuradas mejillas, grandes bigotes blancos, largo capote gris con forro grana y franjas amarillas en los anchos pantalones.

Como el jojol, cruzaba las manos a la espalda y, levantando las espesas cejas grises, miraba a Pável.

La madre miraba más de lo que sus ojos podían abarcar; en su pecho estaba clavado un grito, pronto a estallar, a liberarse en cada suspiro. Este grito la ahogaba pero ella lo contenía comprimiéndose el pecho con ambas manos.

Atropellada por todas partes, vacilaba pero continuaba avanzando sin pensar, casi sin conciencia. Sentía que detrás de ella el número de personas disminuía sin cesar, como si una ola glacial viniera a su encuentro y los dispersara.

Los que llevaban la bandera roja y la cadena compacta de hombres grises se acercaban cada vez más. Se distinguía ya con claridad la cara de los soldados - estrecha franja de un color amarillento sucio, monstruosamente aplastada, que se

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

extendía a lo ancho de la calle-; en ella, incrustados de un modo desigual, se veían ojos de diferentes colores, y delante centelleaban cruelmente las finas puntas de las bayonetas. Dirigidas contra los pechos, separaban y desmigaban de la masa a las personas, sin tocarlas siquiera.

La madre oía a sus espaldas las pisadas de los que huían. Voces inquietas, ahogadas, gritaban:

—¡Escapen, muchachos!

—¡Vlášov, escapa!

—¡Atrás, Pável!

—Dame la bandera, Pável —dijo Vesovchikov con aire sombrío—. Dámela, yo la esconderé.

Con una mano tomó el asta; la tela osciló retrocediendo.

—¡Suelta! —exigió Pável.

Nikolái retiró la mano, como si se hubiera quemado. La canción se apagó. La gente se detuvo, formando en torno a Pável un círculo compacto, pero él logró franquearlo. El silencio se hizo de golpe, bruscamente, como si una nube invisible y transparente hubiese bajado a envolver a los manifestantes.

Bajo la bandera se mantenían no más de una veintena de hombres, pero todos resistían, atrayendo a la madre a impulsos de un sentimiento de espanto por su suerte y un deseo impreciso de decides algo...

—¡Teniente, agárrele usted eso! — ordenó la voz sin inflexiones del viejo alto. Y con el brazo extendido señaló la bandera.

El oficialite corrió hacia Pável, tomó el asta y gritó con voz chillona:

—¡Suéltala!

—¡Aparte las manos! —dijo Pável con voz enérgica.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

La bandera tembló, roja, en el aire, inclinándose a derecha e izquierda, hasta alzarse de nuevo. El pequeño oficial saltó hacia atrás y cayó al suelo, donde quedó sentado. Vesovchikov pasó ante la madre con una rapidez inusitada, extendido el brazo, cerrado el puño.

—¡Agárrenlos! —rugió el viejo, dando una patada en tierra.

Algunos soldados se abalanzaron impetuosos hacia adelante. Uno de ellos levantó la culata; la bandera vaciló, se inclinó y desapareció entre el puñado gris de soldados.

—¡Ay! —suspiró alguien tristemente.

La madre lanzó un grito, un aullido animal. Pero la dominante voz de Pável respondió en medio de los soldados:

—¡Hasta la vista, madre! ¡Adiós, madre querida...!

«¡Está vivo! ¡Piensa en mí!» Estos dos pensamientos llamaron a su corazón.

—¡Hasta la vista, madrecita mía!

Se irguió sobre la punta de los pies, agitando los brazos, se esforzó en verlos; distinguió sobre las cabezas de los soldados el redondo rostro de Andréi que le sonreía y la saludaba...

—¡Hijos míos! ¡Andriusha! ¡Pável...! —gritó ella.

—¡Hasta la vista, camaradas!

Un eco multiplicado, desgarrado, les respondió. Venía de las ventanas, desde arriba, desde los tejados.

CAPÍTULO 29

La golpearon en el pecho. A través de la bruma que velaba sus ojos, vio ante ella al oficialito que con la cara roja y congestionada, le gritaba:

—¡Lárgate de aquí, vieja!

Ella lo miró de arriba abajo y vio a sus pies el asta de la bandera, partida en dos; de uno de los trozos colgaba un jirón de tela roja. Se inclinó y lo recogió. El oficial le arrancó el palo de las manos, lo tiró a un lado y vociferó pateando:

—¡Largo de aquí, te digo!

De entre el pelotón de soldados, un canto brotó y creció:

—Arriba, los pobres del mundo...

Todo daba vueltas, vacilaba, se estremecía. Vibraba en el aire un ruido denso de alarma semejante al zumbido de los hilos telegráficos. El oficial dio un respingo y chilló con rabia:

—¡Hágalos callar, Sargento Krainov!

Titubeando, la madre se acercó al jirón que el teniente había tirado y lo recogió de nuevo.

—¡Ciérrales el pico!

La canción se embrolló, se entrecortó, desgarrándose y apagándose. Alguien asió a la madre por los hombros, le hizo dar media vuelta y la empujó hacia adelante...

—Vete, vete...

—¡Despejen la calle! —gritó el oficial.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Diez pasos más allá la madre distinguió de nuevo una multitud compacta. La gente aullaba, gruñía, silbaba y, retrocediendo lentamente hacia el fondo de la calle, se iba desparramando por los patios.

—¡Vete, demonio! —dijo en su oído un joven soldado bigotudo, plantándose al lado de ella, y la arrojó a la acera de un empujón.

Ella echó a andar apoyándose en el asta; se le doblaban las piernas. Para no caerse, se agarraba con la otra mano a las paredes y a las vallas.

Delante, retrocedía la gente; junto a ella y detrás, marchaban los soldados, gritando:

—Largo, largo...

Los soldados la dejaron atrás, ella se detuvo y miró en derredor. Al final de la calle, había también soldados, formando un espaciado cordón que impedía el acceso a la plaza, ya desierta. Delante, se movían también las figuras grises, avanzando con lentitud hacia la gente...

Ella quiso volver sobre sus pasos, pero, sin darse cuenta, continuó avanzando; al llegar a una callejuela, estrecha y vacía, se metió por allí.

Volvió a pararse. Suspiró profundamente y prestó atención. En alguna parte, adelante, rugía la muchedumbre.

Siempre apoyada sobre su trozo de asta, se puso de nuevo en marcha, fruncidas las cejas. De pronto, su frente se humedeció, se movieron sus labios, se agitó su brazo. Una oleada de palabras brotó en su corazón, se acumuló en él y encendió en la madre un deseo ardiente, imperioso, de gritar...

El callejón torcía bruscamente a la izquierda; y al doblar la esquina, la madre vio un grupo denso y bastante numeroso del que se elevaba una voz fuerte:

—¡No se lanza uno contra las bayonetas por hacerse el valiente, hermanos!

—¡Cómo se han portado! ¿Eh? Se les venían encima, y ellos... ¡firmes! Firmes, hermanos, sin miedo...

—El Pável Vlásov es todo un tipo.

—¿Y el jojol?

—¡Qué animal...! Las manos a la espalda, sonriendo...

—¡Amigos! ¡Buenas gentes! —gritó la madre, abriéndose camino entre ellos. Le abrieron paso con deferencia. Alguien se echó a reír:

—¡Miren, lleva la bandera! ¡La tiene en la mano!

—¡Cállate! —dijo alguien con severidad.

La madre abrió los brazos de par en par.

—¡Escuchen, por el amor de Cristo! Todos ustedes son hermanos... todos. Son hombres de bien... Abran los ojos, miren sin temor, ¿qué ha pasado? Nuestros hijos, nuestra sangre, van por el mundo, marchan en busca de la verdad... ¡para todos! Por ustedes y por sus hijos se han condenado al camino del calvario... Buscan los días de luz... Quieren otra vida, donde haya verdad, donde haya justicia... ¡quieren el bien para todos!

Su corazón se desgarraba, sentía el pecho oprimido, la garganta seca y febril. De lo más hondo de sí misma nacían palabras de un inmenso amor que abrazaba todas las cosas y todos los seres, palabras que le quemaban la lengua, impulsándola a hablar cada vez con más fuerza y soltura.

Veía que todos la escuchaban callados, percibió que la gente reflexionaba, rodeándola en apretado círculo, y en ella aumentó el deseo -ya completamente claro- de arrastrarlos hacia allá, en pos del hijo, tras Andréi y los demás, a quienes habían abandonado en manos de los soldados, a quienes habían dejado solos.

Recorriendo con la mirada las caras atentas y sombrías que la rodeaban, prosiguió, con dulzura y fuerza:

—Nuestros hijos van por el mundo en busca de la alegría, en beneficio de todos y en nombre de la verdad de Cristo, ¡contra todo aquello de que se valen los malvados, los engañadores, los avarientos, para aprisionarnos, ponernos las cadenas y estrangularnos! ¡Queridos míos! Por el pueblo entero, por todo el mundo, por

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

todos los trabajadores, se ha levantado nuestra sangre joven... ¡No los abandonen, no renieguen de ellos, no dejen a sus hijos que sigan el camino solos! Tengan piedad de ustedes mismos. Tengan confianza en los corazones de sus hijos, ellos han hecho nacer la verdad y por ella perecen. ¡Tengan fe en ellos!

Se le quebró la voz y se tambaleó agotada; alguien la sostuvo por el brazo...

—¡Es Dios el que habla!—exclamó alguien, con acento emocionado y velado—. ¡Es Dios, buena gente! ¡Escúchenlo!

Otro se compadeció de ella:

—¡La pobre se está matando!

—No es que ella se mate, lo que hace es abofetearnos a nosotros, los imbéciles. ¡Compréndelo!

Una voz aguda, estremecida, se elevó por encima de la multitud:

—¡Cristianos! Mitia, mi hijo, un alma pura, ¿qué es lo que ha hecho? Seguir a sus camaradas, ir tras sus camaradas queridos... Tiene razón en lo que dice, ¿por qué abandonamos a nuestros hijos? ¿Qué mal nos han hecho?

Aquellas palabras hicieron temblar a la madre, y las contestó con dulces lágrimas.

—Dice la verdad. ¿Por qué abandonamos a nuestros hijos? ¿Qué mal nos han hecho?

—¡Vete a casa, Nílovna! ¡Anda, madre! ¡Estás deshecha!—dijo Sisov en voz alta.

Estaba pálido, su erizada barba se agitaba. Súbitamente, frunció el ceño, paseó una mirada severa sobre el grupo, se irguió y dijo con clara voz:

— Mi hijo Matvéi murió aplastado en la fábrica, ya lo saben. Pero si viviera, yo mismo le habría mandado alistarse en sus filas, yo mismo le habría dicho: ¡Anda, ve tú también, Matvéi! ¡Ve, ésta es una causa justa, una causa honrada! Ve y cumple con tu deber.

Se interrumpió, guardó silencio y todos callaron sombríos, dominados por algo inmenso, nuevo, pero que ya no los asustaba. Sisov alzó el brazo, lo agitó en el aire y prosiguió:

—Les habla un viejo, ¡todos me conocen! Treinta y nueve años llevo trabajando aquí, hace cincuenta y tres que vivo en la tierra. Mi sobrino, un muchacho sano, inteligente, ha vuelto a ser detenido hoy. Iba delante, al lado de Vlášov, junto a la bandera...

Agitó el brazo, se replegó sobre sí mismo y tomó una mano de la madre.

—Esta mujer ha dicho la verdad. Nuestros hijos quieren vivir con honra, según la razón, y nosotros los hemos abandonado, hemos huido... ¡Vuélvete a casa, Nílovna...!

—¡Amigos míos! — dijo la madre, mirando a todos con los ojos arrasados en lágrimas —. ¡La vida está hecha para nuestros hijos, la tierra está hecha para ellos...!

—¡Vete, Nílovna! Anda, toma el palo — le dijo Sisov, tendiéndole el trozo de asta.

Miraban a la madre con dolor, con respeto; un rumor de compasión la seguía. Sisov iba abriéndole paso silencioso, la gente se apartaba sin decir palabra y, obedeciendo a una fuerza imprecisa que los atraía hacia la madre, la seguían, despacio, cambiando a media voz breves palabras.

A la puerta de su casa, se volvió la madre hacia ellos; apoyándose en el trozo de asta los saludó, inclinó se y dijo en voz baja, con tono de agradecimiento:

—Gracias a todos...

Y recordando de nuevo el pensamiento, el nuevo pensamiento, que según le parecía había florecido en su corazón, añadió:

—Nuestro Señor Jesucristo no existiría si la gente no murieran por su gloria...

La multitud la miró en silencio.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

Ella se inclinó nuevamente y entró en la casa, donde Sisov la siguió encorvando su alta estatura.

La gente permaneció unos momentos allí, intercambiando aún algunas reflexiones. Después, se dispersaron lentamente.